

**79. La consideración externa
(C. E.)**

Se trata de la compasión

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“A menudo sucede que hombres que comprenden muy bien la necesidad de la consideración exterior en la vida, no comprenden esta necesidad en el trabajo interior; deciden que justamente porque trabajan sobre sí mismos, tienen el derecho de no considerar.

*Mientras que, en realidad, en el trabajo, es decir para que éste sea eficaz, es necesario diez veces más consideración exterior que en la vida corriente, porque **solamente** la consideración exterior del alumno puede mostrar su valoración y su comprensión del trabajo.”*

Gurdjieff



La consideración externa (C.E.)

“Es muy difícil descubrir que algo anda mal en nosotros.”

Maurice Nicoll

Hay una máxima en el trabajo interior que dice:

“Siempre la consideración externa; nunca la consideración interna.”

Si usted quiere recordar qué es la *consideración interna*, le sugiero estudiar el artículo N° 2 que encuentra en esta misma página web. Pero, ¿qué es la *consideración externa* (C.E.)?

La consideración del otro

La consideración externa (C.E.) es *comprender* el ser del otro, en este momento, y actuar desde esa comprensión. No es suficiente con pensar bien del otro, sino comprender su ser, y para ello es necesario estar Presente, consciente de sí, Despierto, Atento.

Este estado exige, entonces, haber Trabajado antes en la consideración interior, con sí-mismo, y a partir de ahí iniciar el Trabajo con la consideración externa.

Cuando estamos en nuestro estado acostumbrado de consideración interna, que es un estado de identificación con algún aspecto interno, en realidad sólo pensamos en nosotros mismos. Su amado “yo” está pensando en “yo”. El otro no existe.

Como Copérnico, tenemos que comprender que no somos el centro del Universo. La consideración interna sólo nos da emociones reactivas, que son la materia prima del miserable sufrimiento que cubre la faz de la Tierra. La humanidad sufre; le fascina sufrir, porque el sufrimiento es profundamente egocéntrico.

En el Trabajo interior se dice que las emociones negativas son las que gobiernan el mundo, y no el sexo ni el poder.

La consideración interior es un aspecto de la identificación con algo interior, pero lo opuesto, la consideración exterior, no es una manera de ser franca con el otro, clara, frentera, dura. Eso no es la consideración exterior.

A la humanidad le sobra franqueza y le falta ternura.

La necesidad de comprender al otro

La consideración exterior (C.E.) está basada en una relación con el prójimo, por entero diferente de la consideración interior (C.I.), relación fundamentada en la comprensión del otro.

La C.E. exige conocer al otro, comprender su ser, sus gustos, hábitos, supersticiones; conocer su ser de ahora, para lo cual es condición estar Presente, y esta condición explica la dificultad para vivir en estado de C.E.

Pero si una persona verdaderamente se *recuerda a sí-mismo*, es decir, si está Presente, como un Testigo de la realidad, comprende que la otra persona es una máquina biológica y psíquica, como él mismo, y entonces *entrará en su posición*, se pondrá en su lugar, y será capaz de comprender y sentir lo que la otra persona piensa y siente.

¡Y, desde esta comprensión, actuará!

Pero si se acerca al otro con sus propias exigencias, fruto de sus creencias e ignorancia, no puede obtener nada excepto una nueva C.I.

El otro es mi espejo

La C.E. no produce “*emociones de sí*”, sino “*sentimientos de los otros*”. La conjunción de los procesos del Trabajo interior produce la necesidad de la C.E., a ponernos a nosotros mismos en el lugar de los otros, a comprender sus dificultades, a sentir su adversidad, a cultivar la compasión y actuar desde ella.

En la práctica de la C.E. es necesario comprender que las otras personas son espejos de nosotros mismos.

Si se ha llenado un álbum con buenas fotografías de sí-mismo mediante una seria y larga auto-observación, entonces no hará falta buscar mucho para encontrar en sí-mismo lo que tanto le desagrade de la otra persona, y será capaz de ponerse en la situación de esa persona, de comprender que ella tiene también eso que se ha observado en sí-mismo, que tiene sus dificultades interiores, del mismo modo que las tiene uno.

No puede haber un desarrollo correcto del Centro Emocional, que es activar la conciencia de sus procesos, sin la práctica de la C.E. La práctica de la C.E. es parte de la valoración del Trabajo.

Cuanto más se valora este Trabajo, más se aprecia la C.E., menos se es gobernado por la personalidad, menos vanidad se tiene, y cuanto mayor es la C.E. menos importante se cree uno.

El verdadero perdón

En el Trabajo interior no se pretende, en absoluto, *hacer* el bien cuando en realidad se *quiere* mal. Es inútil y perjudicial mostrarse amable a las otras personas cuando se las aborrece de corazón.

Todo el Trabajo con la C.E. depende de la sinceridad interior. La C.E. no es hipocresía, no es “*obras buenas*”, no es “*hacer el bien*”, sino una cuestión de actitud interior, y no de conducta exterior.

Cuando, gracias al Trabajo sobre sí, el ser cambia, cambia la actitud y cambian las conductas. Pero si no hay un Trabajo interior, la actitud no cambia, aunque cambien las conductas.

Necesita comprender que, al encontrar en sí-mismo las mismas actitudes y conductas que censura y reprocha en otra persona, produce el efecto mágico de poner fin a toda la situación conflictiva.

Este es el verdadero perdón, que incluye el perdonar y el perdonarse.

La mayor dificultad para lograr este perdón tan necesario consiste en que es muy difícil reconocer y aceptar que algo anda mal en nosotros, situación que forma parte del sueño en que andamos sumidos, el profundo sueño que cubre a toda la humanidad: ilusiones, deseos, creencias, supersticiones, utopías, mitos, idolatría, ignorancia de sí-mismo... Este es el estado de vigilia en que vive la humanidad.

Las dos líneas del Trabajo

Una persona que se inicia en el Trabajo Interior debe empezar con todos los contenidos de la C.I., antes de iniciar su trabajo con la C.E.

Una persona que es auto-centrada, egocéntrica -es decir, que sólo piensa en sí misma o en los otros refiriéndose a sí misma- no puede ir muy lejos, ni muy profundo, si sólo trabaja en la primera línea del Trabajo, la línea del Trabajo con sí mismo. Podrá hacerlo sólo hasta un punto muy limitado.

La segunda línea del Trabajo tiene que ver con las otras personas y nuestra actitud hacia ellas. Esto exige el previo trabajo con sí-mismo.

La segunda línea no significa que es necesario soportar las manifestaciones desagradables de los otros -y se debe recordar que ellos tienen que soportar las nuestras- sino que significa la práctica de la C.E. en su sentido profundo y verdadero.

La antipatía y la simpatía

Cada persona tiene una manera más o menos fija de percibir a las otras personas, debido a sus actitudes y sus rasgos de personalidad. Vemos a los otros a través de nuestras actitudes y nuestros límites.

Por lo general, las otras personas no nos gustan. Cuando nos cruzamos con una persona en un camino ponemos nuestros músculos en tensión.

En el Trabajo decimos que no debemos fingir simpatía hacia las otras personas, sino trabajar con la antipatía, que es el hecho real. Toda persona se escinde muy fácilmente en simpatía y antipatía, y en el Trabajo interior no se trata de movernos de la antipatía a la simpatía, sino de sentir y observar la antipatía, que es ser consciente de la antipatía.

La observación consciente modifica lo observado. Cuando Ud. percibe la antipatía, sin pensar en ella, puede surgir la simpatía. Cuando percibe el desorden interno puede surgir el orden interno. Cuando percibe el sufrimiento, sin pensar en él, puede surgir la dicha de existir...

La antipatía sucede, es una reacción emocional, inconsciente; pero la simpatía se trabaja.

El desorden sucede; el orden se trabaja.

El enamoramiento sucede, pero el amor al otro se trabaja.

La consideración interna (C.I.) sucede; pero la consideración externa (C.E.), la compasión, se trabaja.

Tenemos una vaga idea de lo que significa una actitud justa en lo que respecta a la conducta exterior. Pero es necesario ser justo en nosotros mismos hacia los otros, y esto es en realidad el Trabajo sobre sí que toma la forma de la C.E.

La C.E. en la vida y el Trabajo

En el Trabajo, la consideración exterior debe penetrar más profundamente que en la vida cotidiana. En realidad, pertenece a la purificación del Centro Emocional, que está drogado con emociones negativas, y todas las pequeñas emociones de sí, de la vanidad, del engreimiento, de su amado "yo" narcisista...

La C.E., en el sentido del Trabajo, requiere de un *esfuerzo consciente*, mientras que la C.I. es mecánica, sucede, no requiere esfuerzo, sino que

prosigue por sí misma y crece por sí misma, del mismo modo que las emociones negativas y los pensamientos egocéntricos.

Es necesario comprender que la C.E. no surge de los motivos de la vida ordinaria, por lo cual requiere de un esfuerzo interior consciente, de un Trabajo interior. Es esta clase de C.E. la que puede cambiar el nivel del ser.

La C.E. que nace de los motivos de la vida ordinaria no cambia el ser de la persona. Tomemos, por ejemplo, el caso de un camarero en un hotel. Es quizás un hombre muy inteligente. Observa lo que le gusta a la gente, cuáles son sus peculiaridades, qué esperan de él, qué les disgusta, qué alimentos prefieren, y así sucesivamente. Saca provecho de todo ello. Se adapta a las necesidades de las otras personas, se desvive por servir a los otros.

Tiene tacto, es observador, hace todo bien, le sirve a los otros, se borra a sí mismo, pero hace todo eso porque está representando un papel. Y tiene razón, porque es inteligente, pero aquí no hay un sentimiento, ni una observación consciente, ni una Presencia interior.

Pero el caso es diferente en el Trabajo, porque aquí se requiere un sentimiento compasivo, una sensibilidad perceptiva, una necesidad de ser para el otro, una acción desde el Amor al otro, porque sí.

La C.E. desde las exigencias de la vida es un “*deber hacer*”, bien hecho, pero inconsciente.

La C.E. desde el Trabajo es un “*deber ser*”, consciente, por el bien del otro.

La C.E. desde el Trabajo es la compasión, que fue definida por Buda como “*El Amor en acción*”.

Al principio es necesario practicar la C.E. de un modo completamente externo, por así decirlo, pero observando su calidad, su actitud, su conducta. Cuanto más sincera, mejor será la calidad. Cuanto más superficial y fingida, peor será.

Si Ud. observa su C.E. superficial, fingida, interesada, de ahí, de esa percepción pura sin pensar, puede surgir la C.E. consciente, humana y amorosa, en la cual el “yo” desaparece.

Ponerse en la situación del otro

A algunas personas les cuesta comprender lo que significa la C.E. y a otras lo que significa la C.I. En este Trabajo interior es necesario practicar la C.E. y poner fin a la consideración interna mediante prácticas propias de la observación interna.

En la C.E. es necesario colocarse en la posición de esa persona. Para lograrlo es menester pensar en sí mismo como si fuera la otra persona, teniendo que hacer las mismas cosas, enfrentando las mismas dificultades, los mismos impedimentos, las mismas necesidades, la misma vida.

Ahora bien, si se reflexiona sobre este paso preliminar, se verá que la C.E. está muy lejos de la indiferencia. Para ponerse en la situación de otra persona es preciso apelar a la comprensión de la realidad. Exige un esfuerzo de atención, de observación, de percepción, activar los sentimientos hacia la humanidad, y no sólo una vez sino muchas.

Y entonces, la persona siempre preocupada por sus problemas personales y por la forma en que es tratada, será incapaz de hacerlo, porque sigue tomando la vida desde el punto de vista de la C.I., que es el punto de vista de su amado "yo".

El objeto de este Trabajo interior es ser más consciente de la realidad interior y exterior. La observación pura de sí logra que se tenga conciencia de uno mismo, y la percepción pura del prójimo, desde un estado de Presencia, activa la conciencia de los otros. Conciencia de lo interno y conciencia de lo externo, simultáneamente.

Así, a través de la C.E. consciente, se nos revelan cosas de las que antes no tenía conciencia. Por ejemplo, al colocarnos realmente en la situación de la otra persona, podemos descubrir que esperamos que esa persona haga cosas que nunca se nos ocurrirían hacer, y constatar que esperamos que esa persona soporte condiciones que uno no soportaría ni un solo instante. Muy exigente con el prójimo y muy considerado con sí-mismo.

El tener revelaciones de este tipo significa que en verdad Ud. considera externamente, que ha comprendido lo que significa ponerse en la situación real de otra persona.

Este es el principio de la compasión.

Vivir con uno mismo

Supongamos ahora que Ud. tiene que vivir con una persona llamada Ud. mismo. ¿Qué pasaría?

Leí alguna vez la historia de un hombre que había muerto y fue al más allá donde se encontró con un gran número de personas; conocía a algunas de estas personas y les tenía simpatía, pero también había otras personas a las cuales les tenía antipatía.

Pero había una persona a la que no conocía y no la podía soportar. Todo cuanto hacía y decía le enfurecía, le disgustaba y le ofendía: sus maneras, sus hábitos, su pereza, su falta de sinceridad al hablar, sus expresiones faciales, su tono de voz, sus opiniones, sus movimientos corporales; y también le parecía que podía leer los pensamientos y sentimientos de ese insoportable hombre, todos sus secretos y, de hecho, toda su vida. Preguntó a los otros quién era ese hombre tan desagradable. Le contestaron:

“Tenemos aquí espejos especiales que son muy diferentes de los de su mundo anterior. Este hombre es usted mismo.”

Supongamos, pues, que Ud. esté obligado a vivir con una persona que es Ud. Quizás sea esto lo que a la otra persona le toca hacer, lo debe hacer, lo tiene que hacer: vivir con Ud., con su insoportable “yo” de usted.

Claro está, si Ud. no ha practicado la observación pura de sí mismo, es posible que imagine que ese mundo es encantador, una maravilla, una dicha, y que si todos fueran como Ud., el mundo sería un lugar feliz. Ni la vanidad ni el engrimiento tienen límites.

Ahora bien, al ponerse Ud. realmente en la posición y en la situación de la otra persona, se pone también en su punto de vista, en *cómo* lo ve a Ud., y lo oye, y lo experimenta en su conducta cotidiana. Se ve a Ud. mismo a través de sus ojos.

Si Ud. no ha practicado la observación pura de sí mismo no puede hacer este proceso de sentirse dentro del otro, y da simplemente por supuesto que en Ud. todo “*anda bien*”.

Pero si ha llegado a un adiestramiento de la observación de sí mismo, será capaz de verse a sí mismo del mismo modo como ve a la otra persona; así comprendería prácticamente cuál es la situación de la otra persona, cuáles son sus dificultades, y qué sentido tendría vivir con una persona tan difícil como Ud.

El querer cambiar al otro

Mientras Ud. siga pensando en cambiar a la otra persona, mientras siga pensando que la otra persona debe ser diferente, no la está considerando externamente, en el sentido del Trabajo interior, sino que está practicando inconscientemente la consideración interior.

La consideración interna se basa en el pensamiento de que los otros debieran ser diferentes, y de ello deriva el “*pedir cuentas*” a los otros. Es necesario entender claramente este concepto. Ud. siente que la otra persona no debiera tratarlo como lo hace, o no debiera ser como es. ¿Tiene exigencias o no? Desde luego, las tiene.

Ahora bien, en la verdadera C.E. no se puede empezar desde este punto, porque parte de la idea de que tiene razón y que la otra persona está equivocada, que la otra persona debe ser cambiada, que debe cambiar, porque le debe una conducta recta, según sus normas subjetivas y egocéntricas de lo que debe ser justo y de lo que es injusto.

No entiende que todo esto significa colocarse en la posición de juez. Está juzgando a la otra persona, según sus ideas preconcebidas acerca de cómo debe ser esa persona, y la sentencia de su ego es que esa persona debe cambiar, y preferiblemente es Ud. quien la va a cambiar, ¡para que sea como usted es!

En tal caso, no ha hecho intento alguno para partir de la base correcta de la C.E., que es ponerse en la situación de la otra persona. Por el contrario, parte de su propia situación. Y si se la compara con la verdadera C.E., esto no

es sino una forma de hipocresía, y es probable que termine por encoger los hombros y diga:

“Pues bien, hice todo lo que pude por esa persona y no pude más.”

De este modo se lavará las manos sintiéndose lleno de mérito y virtud. Pero le aseguro que la consideración exterior, en el sentido del Trabajo, no se asemeja en absoluto a este proceder.

La condición para practicar la C.E.

Tome un hombre mecánico ordinario, es decir, una persona ordinaria. Está lleno de limitaciones, condicionamientos, prejuicios, actitudes negativas, apegos, creencias, imágenes de sí mismo, vanidad, emociones negativas reactivas, ignorancia de sí mismo...

Supongamos que intente, tal como Ud. es, considerar exteriormente, ponerse realmente en la vida de esa persona, en su situación, en su mente. ¿Cree Ud. que será capaz de hacerlo? Por supuesto que no.

Si no se ve a sí mismo, ¿cómo podría ver a otra persona? Y si no ve a la otra persona, ¿cómo se puede poner en la situación de esa otra persona?

Por eso se dice en el Trabajo interior que antes de empezar a considerar exteriormente, es necesario haber llegado a cierto grado de observación de sí mismo, y sólo según el grado de observación y de conocimiento de sí le será posible considerar exteriormente a la otra persona.

Hasta el punto en que se conoce a sí mismo, así conocerá a la otra persona; hasta el punto en que se ve a sí mismo, así podrá ver a la otra persona.

¿Acaso Ud. ha observado hasta qué punto suele ser fastidioso, difícil, desagradable, impertinente, vulgar, lleno de prejuicios, exigente? Si lo ha hecho, entonces está en una mejor posición para considerar exteriormente a las demás personas, porque al ver los defectos de los otros verá también sus propios defectos.

Pero en la forma en que estamos hechos, miramos al exterior desde nuestros sentidos, y no nos miramos interiormente; vemos únicamente los defectos de las otras personas, los juzgamos, los condenamos, y esa es la base de las relaciones humanas.

Todos nos hacemos imágenes sobredimensionadas de nosotros mismos; todos somos, de un modo u otro, *relamidos*. Permítame que le dé la definición de la palabra *relamido*:

“Se aplica a una persona afectada, demasiado pulcra, pagada de sí, que se afana en guardar la apariencia de la respetabilidad, que es absurdamente satisfecha de sí y autocomplaciente.”

Una cosa es muy cierta, y es que, cuanto más sinceramente nos observamos a nosotros mismos y lo que está en nosotros, tanto menos relamidos seremos.

Y de ahí se sigue que creer conocer lo que debería ser la otra persona ya no nos satisface. Así, juzgaremos menos y en consecuencia nos será más fácil ponernos en la situación de la otra persona.

Cómo comportarse en medio de la vida

Si su ser ha cambiado un poco, por efecto del Trabajo sobre sí, debe ser capaz de comer y beber y hacer bromas y escuchar y charlar sin que haya vestigio alguno del Trabajo dentro de sí.

Una persona que Trabaja con sí mismo, y que valora su trabajo, debe ser capaz de comportarse en la vida de un modo muy natural. Ninguna clase de superioridad, ninguna indirecta, ninguna persuasión, ninguna observación misteriosa debe aparecer en el encuentro con los otros.

Si trabaja sobre sí mismo cuando la otra persona se pone difícil, eso hará que ella perciba que Ud. es *diferente*. Pero no debe mostrarlo abiertamente.

Cuando la vida se convierte en maestra, entonces se llega al trabajo superior, porque Ud. está bien adentrado en la realidad existencial. Pero no

es fácil, porque exige un previo y largo trabajo sobre sí y una paciente comprensión de la realidad “*tal como es*”.

Es preciso, por así decirlo, ser capaz de sufrir toda clase de cosas por parte de los demás y, sin embargo, seguir trabajando. Es más fácil el “*ojo por ojo, diente por diente*”, pero esta actitud sólo nos conducirá a que quedemos ciegos todos, y desmueleitados todos.

Si considera exteriormente a una persona desde la vida, y no desde el Trabajo, se sentirá superior, y juzgará constantemente, lo mostrará con cruda franqueza, porque no está trabajando.

A la humanidad le sobra franqueza y le falta ternura. Es necesario atravesar este océano de violencia y crueldad con la ternura intacta, valorada como la *compasión* por el otro.

Llegar a ser *pasivo* hacia otra persona, en el sentido del Trabajo, exige un arduo trabajo interior, en especial para una persona que está en la vida cotidiana.

Es un hecho como en la vida las personas tratan de destruirse censurándose unas a otras, criticando siempre a los demás, juzgando y condenando sin piedad. Esto es totalmente inútil y lleva a una inacabable lucha en la vida.

En cambio, ser *pasivo* hacia una persona y trabajar sobre sí desde esta base, lo cual significa un constante proceso de autoobservación, esto, tenga la seguridad, produce un cambio en la otra persona, porque su Trabajo deja lugar en la otra persona para que pueda producirse el cambio en ella.

Pero si Ud. reacciona siempre mecánicamente, induce a la otra persona a la reacción mecánica, sin dejarle espacio psíquico para que pueda moverse y cambiar. Al no reaccionar mecánicamente, se lo permite.

Las relaciones desde el Trabajo

En este Trabajo, una persona que está rodeada en la vida por personas que carecen de Presencia interior, de centro magnético, de Atención abierta, debe comportarse en forma ordinaria, debe guardar silencio, no de una manera

evidente y sospechosa, sino un silencio realmente interior, de modo que los otros no observen nada inusitado, anormal.

Estamos pensando en las personas del Trabajo que están relacionadas con personas que no están en el Trabajo, relación que no siempre es fácil. Depende de si usted se relaciona desde la Presencia interior, que es su Centro Magnético, o desde su centro emocional. Son dos estados internos, diferentes, desde los cuales se puede relacionar.

Si siente el Trabajo sólo emocionalmente, verá que le es difícil ponerse en contacto con aquellos que no lo pueden sentir de ese modo, o que no están en el Trabajo interior. Luego de algunas conversaciones con ellos observará que aparecerá una escisión, una distancia.

No eche la culpa al Trabajo. El Trabajo lo guía hacia ciertas personas y no hacia otras. Pero no es que Ud. sea excluyente, sino que el Trabajo lo hace selectivo. No se sienta culpable, es el Trabajo en acción. Es necesario escuchar el Trabajo, por así decir, en la mejor forma posible, porque cuando su mente parlanchina se apacigua, su Presencia interior asume la dirección de su vida.

También es necesario recordar que la diferencia existencial entre una persona que conoce algo de este Trabajo y una persona que no conoce nada, es considerable, y frecuentemente irreconciliable, salvo que el conocedor practique una verdadera C.E.

En la sociedad se suele simpatizar con una persona, ser atraído por ella, y desear llevarla al Trabajo; pero si esa persona carece de toda propensión hacia sí-mismo, y toda la conversación se limita a temas de la vida ordinaria, sentirá entonces, como ocurre en realidad, que entre ustedes hay un abismo.

En la vida hay personas muy agradables que no tienen cabida en el Trabajo, porque no lo necesitan, ni saben de su existencia. Y es así como deben ser las cosas, así son las cosas, así es la vida, y todo está bien.

Pero, y estas son las consecuencias, sólo nos podemos *encontrar* con otro por medio de una comprensión común, no por las apariencias externas o los cuerpos físicos, como suele suceder en el estado de inconciencia que vivimos.

Una persona que comienza a comprender el Trabajo verá que no le es fácil unirse a quien carece de Presencia interior, de Atención viva, de Centro Magnético.

Recuerde que el estado de Presencia interior es una señal del nivel del ser. En general, las personas que poseen diferentes niveles de ser no se unen, salvo que el más evolucionado de los dos, o los dos, practiquen una verdadera, honesta y continua consideración exterior.

Pero, en general, la relación entre diferentes niveles de ser es difícil, muy difícil.

Las personas importantes

Un hombre puede ser muy inteligente, muy buen científico, y carecer del sentido de algo superior a él, carecer del sentimiento de algo trascendente, carecer de la intuición de que la realidad oculta un misterio.

Una persona situada en la vida ordinaria en una posición superior no posee necesariamente una Presencia interior, un Centro Magnético, y por lo general no lo tiene.

La vida no es una unidad de medida, un patrón, para valorar a una persona, según los criterios del Trabajo interior. Ni Herodes ni Pilatos estaban listos para recibir la enseñanza esotérica de Cristo. Cristo dijo lo que no debía decir, a quien no debía decirlo, cuando no debía decirlo; y la Verdad, que reveló a sus 12 apóstoles, no la escribió nadie, porque los evangelios no fueron escritos por los apóstoles. No se sabe quién los escribió, ni cuántas veces fueron modificados, ni cuántos errores de traducción se cometieron.

Los valores de la vida y los valores del Trabajo son muy diferentes; un hombre importante en la vida, no es un hombre importante en el Trabajo.

No se debe hablar de este Trabajo a un hombre que tuvo mucho éxito en la vida, pensando que lo comprenderá. Es inútil pensar que una alta posición en la vida significa una elevada comprensión de este Trabajo. De hecho, muy a menudo es todo lo contrario, porque el éxito en la vida suele obnubilar la mente, insensibilizar el sentimiento.

La C.E. y los “yoes”

Uno de los errores más graves del hombre ordinario es su ilusión con respecto a su “yo”.

El hombre, tal como lo conocemos, el hombre máquina, el hombre que no puede “hacer”, el hombre a través de quien “*todo sucede*”, no puede tener un “Yo” permanente y único; “Yo”, con mayúscula, que sólo puede surgir en el cuarto estado de conciencia, que es la conciencia-de-sí-mismo.

Su “yo”, con minúscula, cambia tan rápidamente como sus pensamientos, sus emociones, sus humores, y comete él un error profundo cuando se considera siempre una sola y misma persona; en realidad, *siempre es una persona diferente*, nunca es el que era un momento antes.

Su amado “yo” es circunstancial.

El hombre ordinario no tiene un “Yo” permanente e inmutable. Cada pensamiento, cada deseo, cada sensación, cada emoción dice “yo”. Y cada vez parece tener seguro que este pequeño “yo” pertenece al *Todo* del hombre, al hombre entero, y que un pensamiento, un deseo, una aversión, son la expresión de ese *Todo*. Pero, no hay prueba alguna en apoyo de este supuesto mental.

Cada pensamiento del hombre, cada emoción, cada uno de sus deseos, se manifiesta y vive de una manera independiente y separada de su *Todo*. Y el *Todo* del hombre no se expresa jamás, por la simple razón de que, en su estado de inconsciencia, sólo existe abstractamente como un concepto.

El hombre inconsciente no tiene un “Yo” individual. En su lugar hay centenares de pequeños “yoes” separados, que se ignoran entre sí, no mantienen ninguna relación, o por el contrario, son hostiles unos a otros, exclusivos, excluyentes e incompatibles. En cada momento el hombre piensa o dice “yo”, y cada vez ese pequeño e ilusorio “yo” es diferente.

Respecto a la consideración exterior, no es posible considerar exteriormente a otra persona a menos de percibir en ella sus diferentes “yoes”. Y no es posible hacer esto mientras no haya observado sus diferentes “yoes” dentro de sí-mismo.

Si siempre se piensa en uno mismo como “Yo”, luego se percibirá a los otros como si tuvieran un solo y permanente “Yo”, y los juzgará como si ellos fueran eso que observó en ellos, y nada más. Esto, por supuesto, es un error perceptivo acerca de sí-mismo y de los otros.

¿Le es posible pensar en los diferentes “yoes” que están en Ud., y observarlos? En tal caso podrá, en el mismo grado y calidad de autopercepción, ver los diferentes “yoes” en otras personas. Verá sus buenos y malos “yoes”, los suyos y los del prójimo, y esta es condición para que Ud. pueda practicar realmente la C.E. con otras personas.

La C.E. y la conciencia

¿Puede la C.E. estar completamente divorciada de la consideración interna?

La C.E. es siempre consciente, no es mecánica, y por eso requiere un esfuerzo consciente.

Por el contrario, la C.I. es siempre mecánica, no requiere esfuerzo interno alguno, no es consciente; es el trabajo de la máquina psíquica.

Ponerse conscientemente en la situación de otra persona y *verse uno mismo en ella y ella en uno mismo* es un acto consciente, que exige un esfuerzo consciente, un proceso consciente.

En cambio, la C.I. sucede naturalmente, es una actitud y una conducta natural que sucede mecánicamente.

Alegrar a una persona que es desdichada, por ejemplo, es un comportamiento humano y razonable; pero si es cuestión del Trabajo interior, se procede de otra manera.

Es necesario escuchar *internamente* a esa persona, hallar algo correspondiente en uno mismo, reflejar la situación de esa persona en uno mismo como un espejo, hallar la misma cosa en uno mismo y no negarla, y entonces la otra persona podría experimentar un cambio de estado, sin que se le haya dicho una palabra.

No se censura la situación del otro, sino que se reconoce, se acepta, y se vivencia en sí-mismo, y al hacerlo así se deja lugar a la otra persona para que experimente un cambio.

Al proceder así, se deja espacio psíquico para que a la otra persona le suceda lo que le puede suceder. Esto es algo que difiere completamente de la ayuda que se suele prestar a otra persona en el sentido ordinario, que es simplemente un ciego que guía a otro ciego.

La C.E. exige encontrar el mismo estado del otro en uno mismo. No se puede influir a los otros sin conocer a la otra persona en uno mismo.

Descubrir en uno mismo el estado de la otra persona, sin pronunciar palabra alguna, le ayudará.

La C.E. es un profundo proceso interno y se fundamenta en el acrecentamiento de la conciencia, esto es, en el Amor, pues todo Amor verdadero equivale a ser consciente de la dificultad de la otra persona, hallando las mismas dificultades en uno mismo.

El enamoramiento es biológico, químico, instintivo, ciego e inconsciente. Pero el Amor no es ciego. El Amor es consciente.

La conciencia objetiva y el otro

¿Por qué la consideración externa es llamada *externa* y la consideración interna es llamada *interna*, siendo interno el proceso de la consideración externa?

Al reflexionar un poco se comprende por qué es así. En la C.E. uno se pone a sí mismo en el estado de la persona externa, un objeto que está fuera de sí, que es la otra persona. En la C.I. sólo piensa en sí mismo.

La C.E. es objetiva; la C.I. es subjetiva.

No vemos a las personas objetivamente: las vemos subjetivamente; es decir, como las imaginamos o esperamos que sean. Todos somos violentos con los otros al no darnos cuenta de este hecho, de esta manera de ver al

prójimo. En este sentido, las personas son muy capaces de destruirse unas a otras.

Ahora bien, de una u otra manera, las Escuelas esotéricas predicán que 6 estados de conciencia le son posibles al ser humano:

6. Ser
5. Conciencia objetiva
4. Conciencia de sí-mismo
3. Estado de vigilia
2. Estado de sueño con sueños
1. Estado de sueño sin sueños

Primero hacemos un Trabajo para alcanzar el nivel 4. Para llegar al estado 5, un hombre debe pasar primero por el estado 4; de otro modo no logrará nada, aunque tenga un súbito contacto con el estado 5, porque ni lo recordará ni lo comprenderá.

¿Qué se puede entender por el nivel 5, el estado de conciencia objetiva? La primera respuesta es:

*“Ver **cómo** son realmente las cosas.”*

Y la segunda respuesta es:

*“Ver **qué** son las cosas, esencialmente.”*

Entre *cómo* son las cosas y *qué* son las cosas esencialmente hay un abismo en la profundización que, por ahora, Ud. tal vez no pueda percibir, ni comprender.

Muy seguramente estas definiciones no satisfacen a su mente, porque nadie puede describir un estado superior de conciencia a otra persona que nunca ha estado en contacto con dicho estado.

La C.E. del prójimo cae dentro de la primera definición dada:

*“Ver **cómo** son realmente las cosas, las personas, la realidad externa.”*

A menos de haber tenido algún contacto serio con la Conciencia objetiva, quizás no podemos aprehender qué significa esta definición, así como una persona que sólo percibe el mundo de 3 dimensiones no puede aprehender cómo sería un mundo de 4, 5 o 6 dimensiones. Pero Einstein descubrió la cuarta dimensión espacio-tiempo, y la ciencia moderna va en 9 dimensiones al tratar de descubrir qué había antes del big bang.

Para tratar de comprender la definición la mejor analogía es un espejo. Un buen espejo refleja fielmente, no deforma cosa alguna, no interpreta nada, no imagina nada. En una palabra, carece de subjetividad. Nos muestra exactamente *cómo* somos, pero no nos muestra *qué* somos. Ese *qué* pertenece a una vivencia de la realidad, mucho más profunda. Pero el espejo nos muestra fielmente *cómo* somos, pero nunca nos mostrará *qué* somos.

Ahora bien, ¿mirar como el espejo es fácil?

Si pudiéramos marginar nuestro sentimentalismo, nuestra moralina, nuestra imaginación alimentada por nuestra personalidad; nuestro amado “yo”, nuestros estados negativos, positivos y subjetivos; nuestra emocionalidad, nuestros así llamados ideales, creencias, supersticiones; las actitudes hostiles que nos inculcaron, las típicas reacciones mecánicas, los prejuicios, la vanidad y, en resumen, todo aquello con lo cual debemos trabajar en el nivel 4, la Conciencia de sí-mismo...

Entonces podríamos acercarnos al estado en que vemos las cosas tal *como* son, vemos a las personas tal *como* son, vemos la realidad tal *como* es, con la mente vacía, sin un solo pensamiento, tal como mira un espejo.

Un espejo mira el *cómo* es la realidad, pero no puede ver *qué* es la realidad. Ese es tema de la segunda definición de lo que es la Conciencia objetiva.

La necesidad de la conciencia de sí-mismo

Entonces, ver al otro tal como es exige un proceso preliminar absolutamente necesario: la condición de verse a sí-mismo tal como se es.

Cuanto más consciente se es de sí-mismo, de lo que uno es, más objetivamente se verá a los otros.

Porque el conocimiento de sí-mismo, logrado mediante la práctica de la observación de sí mismo por mucho tiempo -de hecho, toda la vida, después de haber conocido el Trabajo- conduce a una objetividad cada vez mayor hacia sí-mismo.

La significación de la observación de sí es múltiple: activar la conciencia, activar la atención, activar la capacidad potencial de la observación consciente, desactivar el pensamiento reactivo y acrecentar el *objeto* dentro de uno mismo; es decir, hacer que esa cosa interna de la cual se fue esclavo, esa cosa que he aceptado en su totalidad sin cuestionarla -el “yo”, el “*uno mismo*”- sea cada vez más objetiva, más cosa objeto de autoobservación.

Si veo algo en mí mismo ya no es mí, ya no es subjetivo, sino que se convierte en objeto para mí, en cosa separada que puedo ver como algo distinto de mi ser.

En realidad, todos los contenidos de la mente y la emoción, absolutamente todos, son cosas agregadas en el proceso de vivir, que no pertenecen al ser esencial.

La parte de mí que lo ve como objeto retrocede interiormente, para verlo, y me lleva finalmente a un “Yo” más real, a una individualidad, a estar Presente Aquí-Ahora, Despierto, que son términos que se refieren a la esencia del cuarto estado de Conciencia, la conciencia de sí mismo.

El sentimiento y la sensación es:

“Estoy-Aquí-Ahora-existiendo”.

Entonces, el hombre es dueño de sí, ya no es una multiplicidad de “yoes” sino una unidad. Este estado interior puede estar un poco lejos, pero es muy real, muy cierto y muy necesario.

Cuanto más una persona se vuelve objetiva para consigo misma, más pierde su ordinario, habitual y preocupante sentimiento de “yo”.

Esto indica la aproximación hacia un nivel superior de conciencia, de los cuales el más elevado es *Ser*.

La condición principal para vivir feliz en las relaciones es tener la capacidad de considerar siempre externamente. Jamás internamente.

No es fácil, pero es probable, es necesario y es bello.

La consideración externa es la vía de la compasión, que fue definida por Buda como:

“El Amor en acción.”

Bibliografía

- P. D. Ouspensky. El cuarto camino.
- Robert Burton. El recuerdo de sí.
- Robert S. de Ropp. El juego supremo.
- Wayne W. Dyer. Tu Yo sagrado.
- Paul Burton. La búsqueda.
- Maurice Nicoll. Comentarios psicológicos.